



Renacer de España en la generación del 98

Valentín de Pedro

En el mar, Darío se siente revivir. Es como si estuviese hecho de mar, y a su contacto se sintiera penetrado de su energía cósmica, contagiado de su infinitud. En el navío que lo lleva va como un pasajero cualquiera, pero él es a modo de un almirante del océano, con título otorgado no por una reina, sino por una diosa, que bien podía ser Venus Anadio-mena.

Los incidentes del viaje -historia menuda de la travesía-, están registrados en su crónica, esa crónica que empieza a escribir apenas el barco hiende las aguas del Río de la Plata poniendo proa al Atlántico, y a la que no dará término sino con su vida. En esa larga crónica que viene escribiendo desde que salió de su patria y tuvo que ganarse el sustento, fragmentada en muchas, en infinitas crónicas que va dejando en las páginas de los periódicos. Ahora sus crónicas han de tener una mayor coherencia, una determinada continuidad, porque se ha comprometido a enviar a La Nación un número fijo de correspondencias mensualmente, de primera intención desde España, sobre la vida española después del desastre en el que acaba de perder a Cuba. Mientras va trasladando al papel sus impresiones de viaje, esas impresiones que son como el prólogo de las que escribirá más adelante con el título genérico de España contemporánea, el mar le canta en las venas:

*Mar armonioso,
mar maravilloso...*

Venus brilla sobre su frente, y le escolta un tropel de tritones. Continúa su aventura de Ulises de la poesía castellana, y cuando el barco entra en el Mediterráneo para dejarlo en Barcelona, es como si entrara en sus dominios, el mar de su civilización.

*Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia
con su aliento yodado y su salino aroma,
creo mirar surgir una barca fenicia,
una vela de Grecia, un trirreme de Roma.*

A orillas del Mediterráneo, Barcelona, la antigua ciudad de los condes, que en siglos precursores del Renacimiento señoreó las aguas del mar latino. Para Darío es un espectáculo

nuevo, pues la otra vez arribó a la Península por Santander, en el Cantábrico. España le ofrecía ahora una faz distinta: *"riente, alegre, bulliciosa, moderna, quizás un tanto afrancesada..."* Su visión de la ciudad es clara, amplia, realista y poética. Dice hablando de su movimiento intelectual y social:

"Esa evolución que se ha manifestado en el mundo en estos últimos años y que constituye lo que se dice propiamente el pensamiento moderno o nuevo, ha tenido aquí su aparición y su triunfo más que en ningún otro punto de la península, más que en Madrid mismo..."

El que esta vez Barcelona sea para Darío el apeadero de España, tiene una especial significación. Cuando, en 1892, desembarcó en Santander, era ya el autor de Azul..., pero la nueva escuela por él capitaneada no hacía más que insinuarse. Ahora, después de la publicación de Los raros y Prosas profanas a orillas del Plata, atravesaba el océano como un almirante lírico, descubridor de un nuevo mundo poético. Lo que se había dado en llamar "Modernismo", tenía en él su capitán y abanderado. Un seguro instinto, o si se quiere la brújula infalible de su destino le guía a España en aquella hora, como hace igualmente que su apeadero sea Barcelona.

La primera crónica que envía desde España a Buenos Aires está fechada en Barcelona el 1 de enero de 1899. En ella se advierte su simpatía por la Ciudad Condal, en la que sin duda se ha visto gratamente impresionada su sensibilidad de hombre y de artista. Ha respirado en sus ramblas aires de Francia, mejor dicho de París, que han henchido su pecho de satisfacción, porque es precisamente el aire que más apetece sus pulmones. Hay un artista catalán por el que declara su entusiasmo: Santiago Rusiñol. Pregunta por él. Le dicen que puede encontrarlo en "Els Quatre Gats". Y allá va Darío, informándose antes, es claro, de lo que es aquello de "Els Quatre Gats". Estimulado por los informes, se dirige a una casa neogótica de la calle de Montesión, donde está instalado aquel cabaret intelectual, regentado por un curioso personaje, Pere Romeu, "tipo del Barrio

Latino parisiense", que ha dotado a Barcelona de algo semejante al "Chat Noir" de la Ciudad Luz, con restaurante, taberna y un salón para representaciones. Mas lo importante de "Els Quatre Gats" es que se constituyó inmediatamente en centro intelectual de vanguardia.

Rusiñol no está cuando llega Darío. Le dicen que se halla en su casa de Sitges. Pregunta entonces por Pompeyo Gener, "que acaba de llegar de París". Tampoco está. Nada dice de él Rubén Darío, pero ahí queda su nombre, que tiene su significación en aquel momento, como idólatra de París, que da ciento y raya a los americanos más afrancesados. Pero Romeu hace al poeta los honores de la casa. Y por un momento se mezcla con la clientela del establecimiento. ¿Sabía Darío que esos "jóvenes melencidos, corbatas mil ochocientos treinta y otras corbatas" que ocupan las mesas, eran llamados "modernistas"? Es éste un nombre que se viene repitiendo desde que Rusiñol organizó en su "cau Ferrat" de Sitges, entre los años de 1890-1893, las "fiestas modernistas", donde se exaltaron las manifestaciones más singulares del arte nuevo, en música, literatura y pintura, proclamando la rebeldía artística y la guerra al filisteo y al lugar común.

He aquí que el jefe del movimiento literario que venía de Hispanoamérica, se encontraba al pisar tierra española, con un vivero de "modernistas", revelador de que el movimiento de renovación poética castellana, que tenía a él de primerísima figura, era parte de un movimiento de carácter europeo, de mayor hondura y amplitud de lo que pudiera suponerse. Darío escribió en su crónica:

"Este cabaret es una de las muestras del estado intelectual de la capital catalana, y el observador tiene mucho en donde echar la sonda. Desde luego, sé ya que en Madrid me encontraré en otra atmósfera, que si aquí existe un afrancesamiento que detona, ello ha entrado por una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del olor de cosas viejas".

Algunos catalanes, entre los que descuellan Santiago Rusi-

ñol, Ramón Casas y Miguel Utrillo, han abierto esa ventana a la luz universal, mas con carácter limitado por su regionalismo. A un hispanoamericano -Rubén Darío-, que integraba lo español en el vasto mundo del habla castellana, estaba reservado el abrir, en ese mundo, una ventana a la luz universal.

Pero la significación de esa Barcelona -la de fines del siglo XIX- en la renovación no ya del arte español, sino también universal, había de ser formidable, en virtud de un muchacho con el que acaso se encontró Darío en "Els Quatre Gats", pues se contaba entre sus asiduos y era uno de sus decoradores. Un muchacho más bien bajo de estatura, de cara cuadrada, cuello corto, ojos grandes y un poco saltones, y unos mechones de pelo cayéndole sobre la ancha frente. No era catalán había nacido en Málaga-, pero estaba identificado con los "modernistas" catalanes de "Els Quatre Gats". Vivía en Barcelona desde 1895, en que su padre, pintor, fue nombrado profesor en la Escuela de Bellas Artes de la Ciudad Condal. También él pintaba. Y de tal modo, que el padre, ante uno de sus primeros cuadros, le entregó su paleta y sus pinceles, renunciando a ellos en homenaje al asombroso virtuosismo de su hijo y discípulo. Aquel muchacho, que contaba 18 años, y de cuyo arte había ya excelentes pruebas en las paredes de "Els Quatre Gats", se llama Pablo Ruiz Picasso. Es muy posible que se hallase al lado de Rubén, cuando éste visitó aquella cervecería intelectual, y es seguro que Darío vio sus pinturas murales y tuvo en sus manos algunos de los menús que se ornaban con dibujos suyos. Mas no llegó a conocerle personalmente. Sin embargo, aquel muchacho parecía responder a unas palabras suyas, escritas poco antes de salir de Buenos Aires:

"Los que vienen, los que hoy son esperanza de España, deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído, y sobre él comenzar su reconstrucción, poniendo la idea nacional en contacto con el soplo universal, manteniendo el espíritu español, pero creciendo en la luz del mundo".